

## Reencuentros (Despiértenme de un sueño)

Akiru

No es un secreto que el mundo es antiguo, eventos legendarios que marcan las historias de los seres humanos siempre quedarán con nosotros y los eventos desconocidos serán historia entre familias. Pero, la historia de los 11 héroes es una historia que nadie sabrá. Y ellos querían que se quede así.

\*\*\*\*

En un día como cualquiera, una mujer se quedó mirando a las puertas de un reino. Un reino conocido como un reino sereno, con paz y ningún enemigo a la vista. Sorprendía a la mujer, en todos sus años de vida ella nunca se esperaba encontrar un reino en donde la palabra guerra fuera algo extraño.

El reino brillaba. La gente era tan feliz como se esperaba de un lugar libre de tristeza y furia. Mientras la mujer caminaba, familias la saludaban, vendedores posicionados en sus quioscos le mandaban sonrisas amigables mientras pasaba enfrente de ellos y ella podía escuchar a los niños murmurar frases amigables sobre su pelo rizado y su apariencia en general. Era un lindo reino, ella lo tenía que admitir.

El canto de los paseriformes agregó a la estética del palacio, una torre enorme y todavía intacta —Un gran contraste con las ruinas que ella había visto tantas veces que ya no lo podría contar—. Y el olor de las flores de múltiples colores entró a su nariz y no le hizo falta notar las mariposas que volaban alrededor de ellas. La risa de los guardianes del castillo llegó a sus oídos.

La vida se encontraba incluso en un lugar tan encerrado como un castillo.

—¡Buenas tardes, viajera! —Un guardián llamó cuando vio a la mujer de pelo rizado acercarse al castillo—. ¿Eres nueva acá? Si te gustaria, te puedo dejar entrar al castillo —dijo. El tono de su voz era alegre y brillante como el resto.

Las palabras sorprendieron a la mujer. Usualmente, la gente le mandaba declaraciones de guerra y era raro la amabilidad de ellos.

—¿En serio? ¿No te preocupa la familia real? —le preguntó—. El guardián se rio. Ella se sorprendió más.

—Claro que me preocupan, pero este reino es libre de guerras. ¡No hay nada de qué preocuparse! —dijo, abriendo las puertas para dejarla entrar.

El castillo era tan grande como se lo imaginaba y las paredes estaban tan bien decoradas como la parte de afuera. Las flores de múltiples colores pasaban por su vista mientras miraba a su alrededor.

Sus ojos cayeron en un retrato de una familia. Una familia de cuatro. Ella solo reconocía a uno. Sus ojos primero cayeron en ella, Eliza. La reina. Se veía tal como la recordaba. Su pelo largo y rubio era exactamente del mismo tamaño que la última vez que la vio y aunque han sido años, su cara no se veía afectada por el tiempo, parecía que ella aún tenía 25 años cuando estaba lejos de la realidad.

Sus ojos luego cayeron en un hombre que tenía su mano alrededor de su cintura. El rey. Él era lo contrario a ella. Pelo y ojos tan oscuros como la noche. Pero él llevaba una de las sonrisas más brillantes que ella había visto. Sin duda, ella podía entender por qué Eliza se casó con él.

Sus ojos luego cayeron en un bebé. Dicho infante se veía muy joven para determinar su género. Pero, el poco pelo que tenía se veía como un marrón ligero. Y estaba durmiendo tranquilamente en los brazos de su madre. Contento con la siesta que se estaba tomando.

Finalmente, miró a la hija más grande. Su pelo también era marrón, pero su tono era más intenso y sus ojos eran tan oscuros como el de su padre. Pero ella era una copia de Eliza. Ella hasta tenía los ojos sabios que nunca logró quitar de su mente.

—¡Ibu! —la voz de una niña llamó. La mujer de pelo rizado volteó hacia la voz, instintivamente tiró su brazo como si tuviera una espada. Hizo contacto con una niña de ojos oscuros. La niña del cuadro.

Ahora, más mayor que su retrato, parecía tener al menos 14 años. Su pelo era más largo y aunque su cara todavía parecía de niña, se notaba ya que su cara estaba madurando. A la mujer no se le pasó su estatura, era tan alta como ella, sino menos.

—¿Ibu? —llamó la voz otra vez. La mujer de rizados miró hacia abajo e hizo contacto con una niña de al menos cinco años. Su pelo marrón ligero estaba atado en un moño y sus ojos azules grises la miraban con curiosidad. La mujer solo podía asumir que ella era el bebe del cuadro.

—¿Y tú, quién eres? —preguntó Ibu. Dios, ella solo se podía esperar que Eliza no decidió llamar a su primera hija con un nombre tan infantil como “Ibu”. La niña menor la estaba mirando, aunque estaba intentando parecer intimidante terminó pareciendo lo que era, una niña.

—Soy turista —respondió la mujer mayor. Dejó sus hombros relajarse. La niña de ojos sabios dio una mirada de sospecha.

—No soy persona de criticar a los turistas, pero no pareces uno de ellos —dijo, mirándola de pies a cabeza—. Tu ropa se ve cochina ¿Acaso no la lavas?

“Ibu” le dio una mirada severa y la niña menor rápidamente se disculpó. La mujer de rizados sabía que su intención no era mala. Más que nada, ella tenía razón, no se acordaba la última vez que logró lavar su ropa.

—Y... ¿cómo te llamas? —preguntó la mayor. La mujer de rizados pensó por unos segundos. “No van a avisar a los otros reinos que estoy acá... ¿No?”, se preguntó.

—Mi nombre es...

—¿Alice?

Alice miró hacia atrás. Ahí, por primera vez en décadas, vio a Eliza. Incluso en el poco tiempo que pasó desde que se hizo ese cuadro, se veía igual y no había ningún trazo de las cicatrices del tiempo en su cara. La sonrisa que llevaba en su cara era calmada y serena.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿No? No has cambiado nada —dijo Eliza, estrechándose con un abrazo fuerte. La ropa elegante que llevaba puesta era un contraste total con el atuendo menos formal y cuidado de Alice.

—Yo podría decirte lo mismo —contestó Alice. Apartándose del abrazo, algo incomoda

—Bueno, es un gusto verte otra vez, vieja amiga —dijo Eliza. Mirándola a los ojos por primera vez en años—. De seguro ya conociste a mis hijas, Evelyn (Dios, Alice estaba tan agradecida que Eliza llamara a su hija con un nombre más formal y apropiado, un suspiro de alivio casi sale de ella al descubrir que solo era un apodo que la menor le puso a su hermana) y Wendy.

Eliza movió su brazo hacia su hija menor, acariciándole la cabeza suavemente. Wendy puso mala cara a la acción pero rápidamente la cambió por una sonrisa y se inclinó más hacia su mano.

—Eve, ¿por qué no te vas y aseguras que Wendy no se meta en problemas? —sugirió Eliza.

Evelyn parecía que quería decir algo en protesta pero cerró rápidamente la boca, agarró la mano de su hermana, pero no antes de mirar a Alice directamente a los ojos, solo por unos segundos, dejando a las dos mujeres solas. Eliza dejó salir un suspiro de alivio y la cara tranquila y sonriente terminó en una cara más seria.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó. Su tono causó escalofríos en la espina de Alice. No la había escuchado hablar así en mucho tiempo. No desde que se fue.

—Las diosas —Alice respondió simplemente. La expresión de Eliza se volvió un poco más de preocupación. —¿Qué quieren? —preguntó. Su tono de voz era exigente.

—Honestamente, no tengo la menor idea. Somnium solo vino a mí un día con la información de dónde encontrarte. Estoy asumiendo que esto está pasando con las elegidas de las otras dos.

Alice podía sentir el temor de Eliza. En otro tiempo, a ella no le importaría lo que las diosas querían que ellas hicieran, pero ahora, ella tenía una familia y no solo eso, las diosas estaban siendo muy secretivas. Lo que no era lo usual.

—¿Y no tienes palabras de Bellum y Adfectus? —preguntó Eliza con un tono de preocupación.

—Qué estúpida pregunta. Claro que no, nosotras no somos sus elegidas —gruñó Alice.

Eliza se disculpó rápidamente y se quedaron en silencio otra vez.

La de rizos tenía que ser honesta, no se esperaba un reino así. Un reino tan sereno y calmado como la persona que reina sobre este. Era algo que debería ser respetado, al menos por unos segundos, cuando ignoras que la reina los estaba preparando para convertirse en nada más que comida fresca para los lobos en ropa de oveja que vivían en las partes de afuera del reino.

—Eres estúpida —dijo Alice. La reina giró hacia la guerrera. Con ojos sin ninguna emoción. —Reinas un reino en donde no haces nada para prepararlos para el mundo de afuera, los monstruos que viven fuera de tu reino de paz— en silencio siguió Eliza mirando a Alice a los ojos con furia e ira. Una mirada que Alice vio en sus ojos miles de veces en su vida inmortal. Pero nunca hacia ella. Hasta ahora.

—Ni haces un esfuerzo para proteger a tus hijas. ¿Imagina si vine aquí con malas intenciones, qué harías? —gruñó.

Aun así, aún con el insulto, Eliza ni se atrevió a responderle. Porque parte de ella supo que lo que dijo Alice era cierto.

Las risas de afuera llamaron la atención de Alice. Miró hacia afuera para ver la conmoción. Las dos hermanas estaban jugando juntas debajo de un árbol. De vez en cuando, Wendy decía algo que causaba que Evelyn se ría, tirando su cabeza hacia atrás, mirando hacia su hermana otra vez con una brillante sonrisa. Esto era una muy buena imagen.

Alice giró hacia Eliza y vio cómo la mirada en sus ojos cambió de una que causaría a cualquier ser vivo agacharse ante ella a una que demostraba solo amor, mirando hacia las niñas.

—¿No has tenido alguna visita de ella? —preguntó de la nada Alice—. ¿Tus hijas no se han quejado?

Eliza agitó la cabeza y dijo “felizmente, parece que me dejó en paz cuando me embaracé por primera vez. Y, Eve y Wendy no se han quejado de nada. Agradezco a los demás dioses por eso.

Quedaron en silencio otra vez. Alice podía escuchar la voz de Somnium prácticamente pidiéndole que pregunte por qué Eliza decidió abandonarla. Esa voz le estaba pidiendo hacer eso el momento que Alicia vio el retrato de la reina por primera vez.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Alice. Su voz no mostraba ningún otro sentimiento, solo tristeza, dolor, era la primera vez que Alice se sentía como un mortal otra vez, al menos de lo que ella se acordaba. Eliza estuvo callada a su lado por algunos segundos antes de responder.

—Quería escapar de Somnium. Ya no quería trabajar para ella.

Esas palabras le clavaron a Alice en el corazón y dolieron mucho más que todos los ataques que habían sido dirigidos a ella. “Egoísta” murmuró Somnium no solo a ella, sino también a Eliza. “Egoísta, patética” cantó. Pero la opinión de las voces en su cabeza era la menor de sus preocupaciones. Era el dolor que sintió, el dolor que sintió que Eliza la dejaría así, la dejaría así para vivir una vida libre sin ella, sin su mejor amiga.

—¿Y pensaste que dejarme sola era la mejor opción?

Eliza se quedó callada.

—Escondiéndote en un reino en donde tú sabes que en cualquier día tus tonterías los va a llevar a que se callen —Eliza no respondió—. Y no solo eso, te casas con un mortal y tienes hijas con él. Poniendo las vidas de los que amas en peligro. ¡¿Qué estabas pensando?! —Alice gritó la última parte. Los años de furia que llevaba por la mujer al fin se mostraron. Eliza ni reaccionó, dejó que la mujer de rizados desahogara toda su furia en ella. Cuando Alice se calmó, Eliza hizo algo que Alice nunca olvidaría.

La reina tomó las manos de su vieja amiga, agarró de ellas con tanta fuerza que podría haber jurado que la rubia partirá sus manos por la mitad si quisiera, pero no lo hizo.

En cambio, miró hacia abajo, casi en una reverencia mientras su largo cabello rubio caía sobre su rostro, ocultando la expresión que tenía.

—Disculpa, Alice. De verdad, lo disculpo. Sé que lo que hice fue egoísta. Y noto mi error empezando una familia con mi situación actual. Por eso, te pido que por favor, quédate. Ayúdame, ayúdame a protegerlas.

Esta vez, este silencio era aterrador. Eliza, una mujer de poder, alguien que mataba a las personas sin pensar en el bienestar de sus familias ahora se preocupaba de la propia. Alice quería golpearla, por ser egoísta, por ser traidora, por ser tan tonta con sus decisiones. Por primera vez en eones, la mortal sentía como si fuese a explotar de rabia.

—Sabes que no te tengo que perdonar, ¿No?

—Lo sé.

—Y esas chicas son tu responsabilidad, no la mía.

—Lo sé.

—Y yo haciendo esto no significa que de la nada somos amigas otra vez.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué quieres que haga primero? —preguntó Alice.

---

Las leyendas sobre Alice son contadas de diferentes maneras, como toda leyenda. Algunas personas creen que Alice es una diosa con sed de sangre que nunca será satisfecha. Otros creen que es una semidiosa en camino a derrotar a todos los dioses y tomarse un sitio entre ellos. Otros creen que ella es el espíritu de una madre o hermana mayor buscando a un niño perdido. Otros creen que es un alma desafortunada que murió trágicamente y de pura furia camina en la tierra de los vivos y mata a cualquier persona que se meta en su camino. Todos estaban lejos de la realidad.

\*\*\*\*

Hace años, tal vez centenas, las noches eran más oscuras, tan oscuras que ni se podía ver por dónde caminabas. Tan oscuro que no podías ver con quién caminabas si te atreverías a salir en una de esas noches. Y para esas personas que sí se

atrevían, a veces no volvían, destinados a perderse en el bosque para siempre hasta que su cuerpo ya no podía avanzar o eran tomados por los monstruos de la noche.

Y algunos de estos atrevidos eran Alice y Eliza. No más de 20 años, se atrevieron ellas mismas a salir al bosque en las horas más oscuras de la noche para ver si sobrevivían, ignorando las advertencias de sus familiares.

\*\*\*\*

—Eliza, creo que ya no quiero hacer esto. Hay que volver —dijo Alice, agarrada de la mano de la mayor mientras caminaban por el bosque con una linterna prendida con una vela, alejando la oscuridad de su camino.

—Vamos, Alice. No seas miedosa. Unas horas más y podemos volver —dijo Eliza, llena de confianza.

Los cantos de los búhos y grillos solo agregaron más temor a Alice mientras caminaban más y más lejos de su aldea. Algo sobre la falta de bulla humana le sacudió hasta los huesos. Era un contraste con su amiga, quien, aunque tenía ojos sabios, era una bola de energía y nunca fallaba en encontrar algo divertido, incluso en las situaciones más oscuras.

—Eliza, en serio, creo que hay que volver —dijo Alice. Eliza dejó salir un suspiro de irritación y giró para mirar a Alice, estaba apunto de gritarle pero cuando miró la expresión de temor que tenía se calmó y su expresión de rabia cambió a una de tristeza y simpatía. Dejó salir otro suspiro, uno más de decepción antes de hablar.

—Ya, está bien —dijo Eliza, y empezaron a caminar de regreso por el camino que llegaron.

Se sentía como horas de caminar y aún no llegaban. —Pero, no avanzamos... —decía Eliza mientras intentaba buscar el camino. Lo que se sentía como horas más tarde, se apagó su lámpara. Eliza susurró maldiciones mientras que intentó encontrar alguna manera de prender su lámpara. Después de unos minutos se rindió.

—Bueno, tendremos que seguir caminando. No debemos estar lejos... espero —dijo Eliza, y las dos chicas continuaron caminando.

Alice no tenía esperanzas de volver a casa. Sentía que había estado caminando muchas horas y no tenían lámpara entonces estaban caminando en lo oscuro de la noche sin ninguna idea de dónde iban. Aun así, Eliza aún mantenía la esperanza, probablemente era su instinto como la mayor de las dos o Eliza era así naturalmente, pero la rubia no dejaba que Alice se rinda.

—¡Oigan! —la voz de alguien llamó. Eliza y Alice se detuvieron en estado de shock. ¿Había alguien aquí? ¿Alguien que también está perdido? ¿Tal vez alguien que las estaba buscando? Parte de ellas se alegró, pero otra parte sentía temor.

—¡Chicas! —la voz gritó de más cerca. Sonaba como la voz de una anciana pero su voz era ronca y grave. Eliza y Alice giraron al sonido de la voz y vieron al dueño de esta. Como esperaban, era una anciana con todo el paquete, pelo gris, arrugas y manchas de sol pegadas en su piel. Usaba lo que parecía una capa verde que llegaba a su tendón de aquiles.

—¿Qué quieres? —preguntó Eliza a la señora. Alice se pegó más a ella. Escondiéndose detrás la mayor.

—¿Qué hacen aquí a esta hora? —preguntó la anciana. El tono era amable.

—Estamos perdidas —respondió la rubia. Los ojos de la anciana se agrandaron.

—¡Perfecto! Yo vivo por aquí. ¿Por qué no se quedan conmigo por la noche y pueden intentar volver en la mañana? —dijo la anciana, y sonrió a las chicas. Sus dientes podridos se mostraron. Aunque Alice trataba de no hacer suposiciones basadas en la apariencia, algo sobre esa sonrisa se sentía antinatural, como si no fuera suya.

Eliza empezó a caminar hacia la mujer pero Alice le agarró el brazo en desesperación por la acción de su amiga. La rubia la miró con confusión.

—¿Qué haces? ¿En serio estás confiando en una extranjera que acabas de conocer? —Alice preguntó, con sus ojos agrandados de pánico, porque Eliza podía confiar en alguien tan fácilmente. Eliza se rió suavemente, como si la menor hubiera dicho algo desconcertante.

—Alice, cálmate —dijo Eliza, y agarró las manos de la otra que estaban agarradas a sus brazos protectoramente—. Es solo una anciana ¿Qué nos va a hacer? Encima, vamos a irnos en la mañana.

Esto era algo en lo que Eliza era mala, confiaba en la gente fácilmente y usualmente le causaba caer en situaciones que ella pudo haber evitado si tuviera un poco más de suspicacia.

Alice no podía hacer nada, solo siguió a la mayor en sus pasos y siguieron a la anciana hacia su casa.

—Bienvenidas —dijo la anciana, empujando unos arbustos fuera de su camino.

De pronto una casa vino a la vista.



—¡Uy! Deben tener hambre, solo el dios del tiempo sabe por cuánto tiempo han caminado aquí —dijo la anciana, y trotó a la puerta y la abrió para darle la bienvenida a las jóvenes—. ¡Entren, entren! ¡Les hago una sopa! —dijo, con emoción en su voz. Trotó a la cocina tan rápido como sus viejas piernas le permitieron.

Las dos se quedaron en la sala solas. Eliza estaba tan emocionada como cualquier otro día mientras que Alice sintió un ataque de pánico empezando. No estaba entusiasmada de estar en la casa de una extranjera vieja que conocieron hace unos minutos.

—En serio, Eliza —Alice llamó la atención de la rubia—. ¿No crees que esto es un poco raro? —preguntó la mujer de rizos.

—Alice, ya te dije: Cálmate, es solo una anciana. No va a hacer nada —la mayor aseguró a la menor. Pero Alice no se lo creía.

—Aquí tienen, chicas —la anciana emergió de la cocina con dos bowls de sopa en sus manos—. Tengan cuidado, que está caliente.

Unos minutos pasaron en total silencio. Las dos chicas comiendo la sopa que le sirvieron mientras que la anciana las miraba con atención. Como si estuviera decidiendo algo. De la nada, la anciana habló.

—¿Creen que los dioses viven entre nosotros? —preguntó. Eliza y Alice se quedaron sorprendidas por la pregunta de la anciana, mientras que la anciana las miraba con esperanza de obtener una respuesta.

—¿Disculpa? —dijo Alice.

La anciana sacudió la cabeza con una expresión de irritación. Pero, cambió a una sonrisa rápidamente.

—Nada, nada. Perdóname, tengo una tendencia a hablar sola.

Debieron tomar eso como una advertencia.

En la noche Alice se despertó para ver una figura parada a la esquina de su cama. No era la anciana, era otra mujer. Se quedó mirándola, como si estuviera contemplando su decisión antes de que desapareciera en un parpadeo.

A la mañana siguiente la anciana no estaba a la vista. Buscaron por toda la casa sin éxito. Ni siquiera encontraron una nota explicando a dónde se fue.

—Bueno —empezó Eliza—. Hay que irnos, le dejaremos una nota de agradecimiento.

La anotó en un papel y agarrando la mano de Alice, regresaron a su intento de encontrar el camino a casa.

Unos minutos más tarde, finalmente habían encontrado el camino a casa. Fueron recibidas con los brazos abiertos en la aldea, ya que estaban preocupados por la repentina desaparición de las chicas. Le explicaron a sus familias sobre la anciana y su casa en el bosque. El alcalde de la aldea mandó una búsqueda para encontrarla. Pero no se encontró su casa, ni la mujer. ¿Cómo una persona o casa desaparece?

Aunque toda esa situación era extraña, nada los preparó para lo que ocurriría en los siguientes años.

Todo empezó cuando Alice se dio cuenta que aún parecía tener 20 años. No sería algo raro si ella aún tuviera 20 años, en realidad ella estaba acercándose a los 40 en ese momento. Eliza también tomó su apariencia en cuenta y cómo parecía que todos en la aldea cambiaban con el tiempo, excepto ellas.

La situación que se encontraba al fin se hizo clara cuando la hermana menor de Alice se veía décadas mayor que ellas y cuando ambos de sus padres fallecieron. Todo ese tiempo, no tenían ninguna arruga, ningún pelo gris, ningún rasgo de subida de peso, ningún cambio en sus voces. Nada, absolutamente nada cambió.

Eran inmortales.

Ahora, para cualquier persona, la inmortalidad suena increíble. Ver cómo la tierra cambia lentamente y no poder morir suena como un sueño hecho realidad.

Pero solo es divertido si todos lo tienen.

Centenas pasaron y los niños menores de la aldea ya eran ancianos y Alice y Eliza, aunque ya tenían más de 100 años, aún parecían de 20.

Era inexplicable lo que pasó. ¿Cómo se volvieron inmortales? ¿Cuándo y dónde?

Solo tuvieron la respuesta cuando Somnium las visitó por segunda vez.

La diosa de los sueños apareció en frente de ellas un día. El día que la bisnieta de Alice falleció de su edad, Somnium apareció frente de ellas con una sonrisa amigable.

—Es un gusto verlas otra vez, chicas —dijo. Su pelo tan blanco como las nubes, piel tan pálida que alguien asumiría que la mujer tenía fiebre, la ropa que usaba no era a la que ellas estaban acostumbradas, estaba envuelta en telas que estaban envueltos a ella como un vestido (un gran contraste con las faldas y blusas que las otras dos llevaban). Ella se destacó.

—¿Otra vez? —preguntó Alice.

La diosa le dio una mirada ofendida. Como si esperara que la iban a reconocer.

—¿No te acuerdas de mí?, si yo soy la que les dio la inmortalidad ese día que se perdieron en el bosque —dijo.

Eliza y Alice se veían confundidas. Somnium solo se rio.

—Claro, no se acuerdan. Han pasado décadas desde la última vez que nos vimos.

De repente, Eliza notó de qué hablaba la diosa y dijo:

—Tú. Tú eres la anciana, la que nos dio la sopa.

La memoria también regresó a Alice y notó algo.

Ella era la figura que vio esa misma noche.

—Bingo —dijo—. Mi nombre es Somnium, soy la diosa de los sueños. Y ustedes (se acercó a ellas y las atrajo con un abrazo) son mis elegidas —dijo en tono alegre y lleno de emoción. —Ahora, ¿qué podemos hacer primero? Les puedo mandar a una guerra o destruir un pueblo... ¡No sé qué hacer! —Somnium continuó. Como si fuera una niña con juguetes nuevos.

—Espera. ¿Cómo que somos tus elegidas? —preguntó Eliza.

La diosa paró en su camino para mirarla.

—Ah, yo y las demás estábamos aburridas, Platz no quiere darnos trabajos más divertidos así que decidimos apuntar nosotras mismas más dioses. Y ustedes, son los que yo elegí —dijo Somnium—. Ahora, qué rol les puedo dar a ustedes...

Alice no se lo podía creer, ¿Somnium era tan cruel que tenía que cambiar sus vidas? “¿Por qué?”, Alice le preguntó. Su voz callada. “¿Cuál era la razón? ¿Cuál era la razón de dejarla ver a su familia morir sin ella?”.

—¿Por qué no? —respondió—. Ya dije, estaba aburrida. Además, podíamos usarlas como más ayuda para nosotras.

Alice no sintió las lágrimas de furia que rodaban por sus mejillas, pero sabía que estaban ahí por la reacción de Somnium.

—Ustedes mortales son tan ingratos —dijo mientras rodó los ojos—. Deberían estar agradeciéndome, ¡les di inmortalidad! ¡Y estoy apunto de darles poderes increíbles!

Somnium era cruel para ser alguien que supuestamente tenía que traer algo tan amigable y maravilloso como los sueños.

\*\*\*\*

Ese día, Eliza y Alice fueron nombradas ángeles de la muerte. Se volvieron señales de mala suerte y símbolos de guerra y destrucción. Somnium las mandaba cada día a un nuevo pueblo para destruir. Siglos pasaron y vieron cómo las civilizaciones cayeron momentos después de pasar. Vieron cómo algunos intentaron restablecerse solo para caer otra vez cuando pasaban. Pronto, Alice y Eliza se sometieron a la destrucción y empezaron a participar en guerras y ataques ellas mismas. Convirtiéndose en diosas tan crueles como Somnium, sino más.

\*\*\*\*\*

—¿Qué querías hacer, antes de que la conociéramos? —Eliza preguntó un día mientras estaban entrenando. Alice se lanzó a ella con su espada. El sonido de hierro chocando contra otro sonó en el bosque en el que se estaban quedando.

—Aprender a pintar. Siempre me gustó el arte —respondió Alice, retrocediendo algunos pasos para atacar de nuevo—. ¿Y tú? —preguntó cuando sus espadas se encontraron en el medio.

Eliza se quedó callada por algunos segundos. Como si estuviera contemplando decir su sueño en primer lugar, como si fuera algo estúpido.

—Quiero... ser madre —contestó Eliza. Alice dejó la guardia caer, dando a Eliza la habilidad de botar su espada fuera de sus brazos. Pero, eso no es lo que la dejó sorprendida.

—¿Quieres ser madre? —Alice preguntó. Eliza asintió con la cabeza, avergonzada.

—Sé que es un poco tonto, especialmente ahora —dijo tristemente—. Pero me gustaría que eso sea lo último que haga —dijo, esperando que Alice la apoyara.

—No, Eliza. No es tonto... es que... es complicado —dijo. Eliza otra vez asintió con la cabeza. —Bueno, ya no importa. Todavía no sabes no bajar la guardia. Hay que seguir entrenando —la rubia dijo. El tono triste que llevaba hace unos segundos cambió a uno más serio. Alice no podía decir no.

---

—¿Qué? —preguntó Eve, mirando a su madre y a su amiga—. Alice te va a entrenar, como eres la siguiente en tomar el trono tienes que aprender a pelear —dijo la reina. La princesa dejó salir un gruñido de irritación, por primera vez, Alice vio a Evelyn actuar como su edad. Alice se había olvidado que ella era una niña.

—¡Pero mamá! El reino no ha participado en una guerra en años —la de pelo marrón oscuro se quejó. Eliza sonrió hacia su hija mayor con simpatía.

—Igual, no sabes cuándo eso puede cambiar. Solo porque no tenemos enemigos no significa que estamos libres de todo —la rubia dijo. Alice miró hacia Evelyn. Sus ojos rojos mirando a los ojos negros de Evelyn.

—Nos vemos en la mañana. Cuando el sol sale —Alice dijo y regresó hacia el castillo sin decir otra palabra dejando a la familia en el jardín a solas.

—Tu amiga es rara —dijo Wendy, quien se paró al costado de su hermana mayor—. ¡Pero increíble! —dijo la niña, entusiasmada.

—¿Yo también puedo entrenar con ella? —preguntó, agarrando el vestido de su madre. Eliza le sonrió.

—Lo voy a pensar —aseguró la madre a su hija menor, alborotando cariñosamente su cabello.

\*\*\*\*

Esa noche, comieron las cuatro juntas. El rey había venido más temprano y se llevó su comida a su cuarto otra vez, Alice terminó de comer rápido y se fue de la mesa antes de que Eliza pudiera protestar.

—Como dije —empezó Wendy—, tu amiga es rara —continuó, esperando alguna explicación.

—Tengo que estar de acuerdo con Wendy, mamá —dijo Eve.

Los ojos de Wendy se iluminaron con ese comentario.

—Digo... acaso no sabe modales. Sé que esto no es la vida a la que ella está acostumbrada pero puede al menos intentar hablar con nosotras —se quejó Eve.

Eliza dejó salir un suspiro. Ella estaba de acuerdo, pero... Eve no sabía la realidad.

—Eve, Alice no tuvo mucho contacto con la gente por un buen tiempo. Hay que tener un poco de paciencia con ella, ¿ok? —suplicó la madre. Esperando que la joven dejara el tema a otra conversación.

—¿Por cuánto tiempo tuviste que estar sola para que tus habilidades sociales se vayan? ¡Es ridículo! —Eve escupió. “Oh Eve, si solo supieras”, pensó Eliza mientras la miraba. Una mirada que solo molestó más a Eve. Ella odiaba cuando la reina la miraba así.

---

Alice no se acuerda mucho de ese día. Solo se acuerda que se levantó para ver que la rubia la había dejado sin ningún rastro. Alice sintió pura tristeza por primera vez en demasiado tiempo. Pero, como lo hizo millones de veces antes, ella también se marchó. Dejando sus cosas atrás, no los necesitaba y aprendió que no necesitaba alianzas.

Eso fue hace eones.

---

Evelyn no se acuerda cuando se paró de la mesa para regresar a su cuarto. Evelyn no se acuerda cuando se durmió y no se acuerda cuando se levantó. La princesa abrió los ojos para ver que la amiga de su madre, ya tutora, la estaba mirando con decepción y molestia. Su pelo rizado estaba atado para que no le cayera en la cara y aunque era temprano en la mañana parecía estar llena de energía.

—Estás tarde. ¿Acaso tu estilo de vida lujoso también incluye ser malcriada? —gruñó Alice. Los ojos de la princesa se hincharon de rabia.

—¿¡Yo soy la malcriada?! Tú...

—Ya no importa —Alice la cortó. La de pelo rizado lanzó una espada de madera hacia ella. Eve casi no la agarra, su postura se cambió cuando la espada se resbaló de sus manos. Un suspiro de alivio salió de Eve cuando agarró la espada de su mástil. Eve ni tuvo tiempo de protestar porque pronto fue tacleada por Alice, sus espadas chocaron.

—¿¡Qué rayos haces?! —exclamó la princesa con furia—. No solo eres lenta pero también te distraes fácilmente. Eres patética —Alice insultó, de alguna manera, pensó que eso era una buena manera de enseñarle.

—¡Ni me diste tiempo para acostumbrarme! —Eve protestó—. En una guerra de verdad no te van a dejar hacer eso, su majestad.

Los ojos rojos miraron a los ojos negros de Eve, ojos que ahora la miraban llena de rabia.

Eve casi dejó salir una llamada de ayuda para su padre. Pero no era hora de ser engreída. Cuando Alice vio que Eve se logró parar otra vez no gastó ningún minuto en atacar otra vez, y otra vez, y otra vez...

\*\*\*\*

—¡Dios! —exclamó la menor. Los ojos de Wendy y Eliza cayeron en Eve cuando entró al comedor. Su pelo marrón estaba desordenado, la chica en sí estaba cubierta de tierra y moretones que recibió de su tutora.

—Te ves terrible —dijo Wendy. Eliza le mandó a la menor una mirada severa y Wendy rápidamente se disculpó con su hermana por lo que dijo.

—Creo que Alice está siendo muy dura contigo... le voy a pedir que vaya un poco más suave —la reina claramente estaba preocupada, vio cómo su hija hacía expresiones de dolor al intentar sentarse en su silla.

—¡No! —exclamó Eve. El tono de su voz sorprendió a las otras dos mujeres en la mesa. —Tú dijiste que necesitaba esto. Así que, lo voy a hacer —dijo. Pero Eliza no estaba convencida. Preocupada por el bienestar de su cuerpo mortal.

—Eve, si esto sigue así no vas a estar viva para tomar el trono —dijo la reina.

—No soy una muñeca, mamá —exclamó Eve.

—Ya sé que no lo eres. Pero estoy preocupada.

—¡Esta fue tu idea! —exclamó furiosa.

Wendy podía escuchar en sus voces que una pelea entre las dos estaba a punto de empezar. Así que la pequeña se retiró de la mesa silenciosamente y fue hacia su cuarto.

Eve y Eliza, aunque eran parecidas, no se llevaban bien, al menos como lo veía Eve. La chica de pelo marrón siempre sintió que su madre solo estaba de buen humor con ella cuando Wendy estaba cerca. Digo, ¿cómo no? Wendy era tan brillante como el día en sí. Aunque solo había estado en la vida de la gente del reino por cinco años, la pequeña princesa logró traer más sonrisas y buen humor al pueblo, que en los catorce años de vida de Eve y los años milenarios en los que Eliza fue reina sobre el reino de paz. Aunque Eve amaba a su hermana, ella tenía que admitir que ella estaba celosa porque cuando estaban Eliza y Eve solas, la princesa nunca fallaba en notar

como su madre la miraba. Siempre la miraba como si estuviera arrepentida de algo y Eve lo odiaba.

—Evelyn, por favor —suplicó Eliza, un poco irritada por cómo la princesa estaba actuando—. Solo estoy intentando ayudarte.

La furia de Eve solo se duplicó. Harta de todo.

—¡No necesito tu ayuda, mamá! —gruñó Eve—. ¡Nunca voy a aprender si me sigues tratando así!

La adolescente nunca entendería por qué su madre era así. Tan protectora, tan juzgadora, tan miedosa.

Parecía que Eliza quería decir algo más. Pero Eve se marchó. No le importó decir adiós a su madre mientras se marchaba. La puerta del comedor se cerró con tanta fuerza que Eliza pudo ver cómo las ventanas se agitaban con brusquedad.

Eve no lo podía ver. Pero Eliza le había dado la misma mirada que ella odiaba.

\*\*\*\*

Alice se levantó esa mañana. Bajando hacia el jardín donde entrenó a la princesa el día anterior. Se sorprendió al ver que Evelyn ya estaba ahí. Espada en mano pero sentada en el tronco del árbol grueso en el centro del jardín. Los ojos sabios que usualmente llevaba estaban reemplazados con unos tristes.

—Ey —llamó Alice a su costado. Evelyn dejó salir un grito de susto, cayendo de costado para ver a Alice mirándola. Alice dejó salir una risa. La primera risa que Alice había hecho en eones. No lo admitiría, pero Evelyn y Wendy le empezaron a caer. Algo sobre la dinámica que ambas hermanas tenían le hacía acordar a ella y su propia hermana en la poca memoria que tenía sobre ella. Además, estaba feliz de ver que el sueño de Eliza se había hecho realidad.

La risa de Alice sorprendió a Eve. La de rizos no parecía mucho de risas. Pero, parte de Eve sintió orgullo sabiendo que ella era la persona que hizo que alguien tan seria como Alice riera, incluso si es un poco.

—Pucha —suspiró Eve—. No sabes cuánto te detesto por eso —continuó. Alice le dio una sonrisa afectuosa antes de hablarle en un tono burlón, mientras que Eve se recuperaba del susto.

—Disculpa, Evelyn. Solo te vi ahí triste en el árbol y estaba tan preocupada por ti —Eve volteó los ojos.



—Pero en serio —empezó Alice—. ¿Qué pasó?

—Nada, nada —aseguró la princesa. Su tono aún sonaba molesto. —Tuve una discusión con mi madre —aseguró para cambiar el tema.

—¿Sobre qué? —preguntó la tutora, pero la princesa aseguró que no era nada importante. Alice sintió que de alguna manera ella era el tema de la pelea.

—¿Estás lista para destruirme otra vez?

\*\*\*\*\*

Ha pasado un mes desde que Alice llegó al palacio. Eve y ella continuaban entrenando. En una de esas batallas de práctica descubrieron que a Eve le iba mejor con armas de distancia larga, así que empezaron a practicar con arcos y flechas, estaban avanzando mucho mejor.

En esas semanas, la curiosidad sobre lo que estaban haciendo las otras chicas le llegó a Wendy y empezó a seguir a Eve en las madrugadas, todavía en pijamas y bostezando todo el camino hacia el jardín. Se sentaba al costado del árbol y veía como las dos entrenaban. Eventualmente, las tres se volvieron más cercanas. En algún momento, Wendy cogió el hábito de poner flores en el pelo de Alice. Eso empezó a ocurrir un día después de entrenar, cuando Wendy vino con una rosa amarilla en su mano y la puso en su pelo. Exclamando que se veía bien con sus ojos rojos. Otro día, Eve regresó de lavarse después de entrenar para ver que Wendy y Alice estaban hablando sobre algo, mayormente Wendy hablaba de cosas que una niña de 5 años hablaría mientras que Alice escuchaba. Pero lo que llamó la atención de Eve era la cantidad de flores coloridas que decoraban el pelo de Alice. A la tutora, no le parecía fastidiar y pronto se volvió algo que las dos harían cuando Eve y Alice terminaban. Alice se sentaba delante de Wendy y le dejaba poner flores en su pelo.

\*\*\*\*

Otro día como cualquiera, las tres chicas se sentaron en el mismo árbol de siempre, haciendo la misma rutina. De vez en cuando Alice mandaba una mirada de enojo con dirección a Eve, mientras que Eve la miraba con felicidad.

—¿Qué? ¿Acaso no tengo el derecho de estar feliz de que no me estén tirando de un lado a otro? —preguntó la princesa. Alice volvió los ojos con una sonrisa evidente en su cara.

Era un buen día.

En eso, mientras Wendy estaba trabajando con el pelo de Alice sus ojos cayeron en dos figuras familiares. Sus ojos se hincharon al verlas.

—¡Papá! —llamó, botando las flores que tenía en su mano y corrió hacia los dos.

Eve abrió los ojos para ver ella misma, mirando en la dirección por donde corrió su hermana. Y era cierto. Ahí, caminando hacia ellas, Eliza con el rey a su costado abrazados. De pronto, él abrió sus brazos para traer a su hija menor en un fuerte abrazo.

Alice ahora entendía de donde Wendy consiguió su sonrisa brillante.

—Anda —Alice le dijo a Eve. La princesa parecía preguntarse si era buena idea antes de ponerse de pie y correr hacia su padre, tacleando en un abrazo hacia el otro brazo libre del rey, el la abrazó de vuelta, acariciando su pelo suavemente.

—No puedo creerlo. ¿Te sientes mejor? —preguntó Eve a su papá.

—Aun estoy un poco mal. Pero mejor que antes —respondió el padre. Sus ojos cayeron en Alice, quien se acercó a ellos, con flores aun en su pelo. Se veía un poco ridícula, pero parecía que no le importaba.

—Tú eres Alice, ¿cierto? Eliza me contó mucho sobre ti —dijo el rey. Extendiendo el brazo para saludarla—. Soy James, James Opera —se introdujo. Alice extendió su propia mano.

—Es un gusto conocerte, su majestad —Alice le sacudió la mano.

—Asumo que mis hijas hayan hablado de mí, espero que no sea algo malo —dijo bromeando, causando que las dos niñas se rían del chiste.

—Para nada, señor. Las historias que Wendy y Eve me contaron sobre usted, lo pintan como un hombre maravilloso —las palabras de Alice hicieron que James sonriera. Como en el cuadro, su sonrisa era brillante. Parecía fotocopia.

—Qué bien —dijo. Alice notó la cara de Eliza, llevaba una de las expresiones más felices que vio en su cara en eones.

—Me gusta tu pelo —la voz de James llamó la atención. Alice le volvió a mirar y sonrió. Parecía que la tutora quería hablar pero Wendy habló primero.

—¡Yo lo hice! ¿Te gusta? —Wendy exclamó con emoción. James asintió con la cabeza, lo que causó que la pequeña niña se emocione más.

Fue un buen día.

¿Por qué tuvo que ser el último?

Lucille Marcone Mortensen  
Quinto de Secundaria